LA REVOLUCION FRANCESA, FUENTE DIRECTA DE LOS ANTICATOLICISMOS Y LOS SEUDOCATOLICISMOS DE HOY

POR

JEAN DUMONT

«Tenemos todos presente en el espíritu el dramático concepto de mi predecesor Pablo VI cuando escribía en su memorable exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que los peligros más insidiosos y los ataques más mortíferos para la Iglesia no son los que vienen desde fuera —éstos sólo pueden afianzarla en su misión y y en su labor— sino los que vienen de dentro».

JOHANNES PAULUS PP II

Carta *Queridos hermanos en el Episcopado* (de Nicaragua).

Vaticano, 28 de junio de 1982.

No hace más de cinco años, antes de que apareciese nuestra primera obra de análisis de la Revolución francesa, no era en absoluto evidente para el gran público cultivado que la Revolución hubiera sido ante todo y esencialmente anticatolicismo. Ante todo y esencialmente «fe imperturbable en los prodigios del sacrilegio» como lo había comprobado, sin embargo, un testigo particularmente informado e independiente, el diputado inglés y protestante Edmundo Burke, en 1790.

No hace más de cinco años, las *Reflexiones sobre la Revolución de Francia,* publicadas en 1790 por Burke, eran inencontrables: la última reedición en francés había sido hecha en 1912 y ningún historiador de la Revolución las citaba sustancialmente. Hoy, tras de haberlas sacado a la luz en nuestra *Revolución fran-*

cesa o los prodigios del sacrilegio (1984), sus reediciones se han multiplicado en Francia, en Suiza, y los historiadores o los artífices de la opinión las han redescubierto (1).

Así, la interpretación de la Revolución en la prensa destinada al gran público ha girado en 180º. Cuando nuestra *Revolución francesa* apareció en 1984, se escribía que hacer de la Revolución «una empresa de destrucción del catolicismo» era «excesivo» (*Valores actuales,* enero de 1985). Hoy, el mismo semanario escribe: «De los tres estamentos que constituían el país en 1789, los miembros del clero fueron quienes pagaron el mayor precio a la Revolución» *(Valores actuales,* julio de 1989).

Nuevos documentos.

En los medios católicos, la convicción del esencial anticatolicismo de la Revolución ha desbordado ampliamente el marco del tradicionalismo. El sacerdote René Laurentin, historiador de la Iglesia bastante «avanzado», clasifica nuestra «Revolución» en el *Figaro Magazine* entre los libros «que no pueden faltar». Y la comunidad carismática «L'Emmanuel» nos ha pedido un artículo para su revista *Il est vivant* (2). Así nos ha sido posible dar a conocer en el verano de 1989 los nuevos documentos que hemos recientemente descubierto. Y que confirman, sobre todo otro, hasta qué punto fue la Revolución el modelo de los anticatolicismos.

De todos los anticatolicismos: del de la burla y del de la denuncia libertaria. Del de la amenaza por llamamiento al pueblo y el del interés. El del odio bimilenario y el de la apostasía exigida bajo pena de muerte.

Nuestro primer documento nuevo es el texto de una importante comunicación *A los Estados generales,* del más célebre de los «filósofos» vivos, todavía en el alba de la Revolución:

(1) YVES DAOUDAL, «La Révolution sacrilège», *La Pensée catholique,* núm. 241, París, julio-agosto de 1989, pág. 42.

(2) *Cahiers du Renouveau,* núm. 71, París, junio-julio de 1989, páginas 7 a 10.

Raynal. Una comunicación fechada en los primeros meses de 1789 y publicada en Marsella donde Raynal acababa de ser elegido diputado, pero hasta entonces prácticamente desconocido, y donde tuvimos la suerte de encontrar la edición original. Se lee en ella: «El mundo está ya demasiado iluminado como para seguir alimentándose de incomprensibilidades que repugnan a la razón o para dar en los embustes maravillosos que, comunes a todas las religiones, no son probados por ninguna». Es el anticatolicismo de la burla. Después se lee: ¿dónde está la impiedad sino en la inhumanidad de esas instituciones sombrías y feroces que desnaturalizan al hombre para divinizarlo, que lo hacen estúpido, imbécil y mudo como los animales para que se haga semejante a los ángeles? (...). La opinión hizo a los monjes, la opinión los destruirá». Es ahora el anticatolicismo de la denuncia libertaria. Y de la amenaza por recurso al pueblo. En fin, se lee: «Entre las clases ociosas de la sociedad la más perjudical es (el clero) que (...) consume en el altar la obra de las abejas y el salario de los obreros, que enciende durante el día las luces de la noche y hace perder en los templos el tiempo que el hombre debe a los cuidados de su casa». Es ahora el anticatolismo del interés. Y se advertirá que para este influyente inspirador del espíritu de la época la clase más nociva no es la aristocracia de corte, ni la familia real, sino precisamente el clero.

Ello se confirma una vez más en todos los panfletos básica y violentamente anticatólicos que pululaban en 1788 y principios de 1789 de los que hemos tenido la oportunidad de encontrar sus textos, también prácticamente desconocidos hasta hoy.

El anticristianismo del odio bimilenario.

En cuanto al segundo y tercer documento que hemos relacionado en *Il est vivant,* aportan el testimonio muy concreto e indiscutible de los tipos de anticatolicismo directamente sangrientos que suministró la Revolución.

El segundo texto es la condena a muerte por el tribunal revolucionario de Dax, en las Landas, del santo sacedote Jean

Lannelongue. Los considerandos de esta sentencia nos reviven las denuncias anticatólicas de Raynal, su odio básico por Cristo y sus discípulos: «Considerando que el dicho Lannelongue, hasta aquí cura del concejo de Gaube, es uno de esos seres que han contribuido en todos los tiempos a la desdicha del género humano...». Uno de estos seres: miembros del clero católico; en todos los tiempos: no sólo bajo el Antiguo Régimen, que no es el único rechazado como la propaganda prorrevolucionaria trata hoy de hacernos creer, sino en todos los tiempos cristianos desde Pentecostés. Aquí nos encontramos en el articristianismo del odio bimilenario, odio que en todos los tiempos cristianos produjo mártires.

"La apostasía o la muerte".

El tercer documento publicado en *Il est vivant* es el texto de la condena a muerte, por el mismo tribunal revolucionario de Dax, de otros dos sacerdotes. Pero no ya fieles al papa y a su obispo auténtico, venerado, Monseñor de Laneufville, como lo fue el cura «no juramentado» Jean Lannelongue, sino adheridos a la Revolución como clérigos «constitucionales» y, como tales, gravemente infieles al papa y a su obispo. La Revolución debería haberlos protegido como militantes a su servicio si ella (la Revolución) hubiera sido sólo política y no anticatólica. Sin embargo, la Revolución (su Revolución) los condena a muerte en considerandos inspirados directamente en Raynal, que exigían un renegar absoluto de la fe cristiana. «Considerando que el dicho Castellan, hasta aquí cura de Pommarès, está convicto de haber predicado sin cesar el fanatismo (el cristianismo) a los habitantes de dicho concejo y de haberlos incitado a seguir considerándolo cura (...), de haber dicho que no se había secularizado más que por escapar a la guillotina...». La Revolución, a lo largo de la descristianización total desencadenada en el otoño de 1793, había, en efecto, exigido de todos los clérigos constitucionales, como «predicadores del fanatismo», es decir, del cristianismo, que renunciaran a sus funciones, que cesaran en

todo ejercicio de culto y predicación, en fin, que se «desclerizaran» remitiendo sus «licencias de sacerdocio» a las autoridades. Pero —resulta aquí patente—, la Revolución no ha exigido la renuncia, la abdicación, la secularización, solamente en los hechos. Las ha exigido en las almas. La secularización del Reverendo Castellan, obtenida por miedo a la guillotina, no tenía valor ante sus ojos. Quería el reniego voluntario del cristianismo, comprometiendo total y definitivamente al sacerdote. Bajo pena de muerte. Era «la apostasía o la muerte», verdadera divisa de la Revolución.

Modelo así de los más sangrientos e implacables anticatolicismos recientes, de la persecución bolchevique a la de los *cristeros* mejicanos, de la España roja de ayer a la de la Albania de hoy o de la China de Mao y de sus atroces y muy actuales sucesores. Por no hablar de la Unión Soviética y de Cuba. Pero la Revolución no es sólo el modelo detallado de los anticatolicismos de hoy, sino también de los seudocatolicismos actuales. En sus dos grandes corrientes: el seudocatolicismo de aquellos demócratas-cristianos que se declaran más demócratas que cristianos, y el seudocatolicismo de los compañeros de viaje de los marxistas.

Acercamientos blasfematorios.

Porque, ante todo, se encuentran seducidos por el modelo de seudocatolicismo de la Revolución esos jóvenes católicos demócrta-cristianos de la Sorbona y del Sacré-Coeur de Montmartre que, en su revista *Resurrection* (¿de la Revolución?), alaban a los que «son incapaces de separar, en la herencia francesa, el mensaje cristiano de 1789» (3). Situando así, en el mismo plano, a Cristo y a la Revolución, rehúsan con una obstinación tan sorprendente como significativa dar a conocer los documentos sacados a luz recientemente por el historiador Reynald Secher. Documentos que muestran el carácter sistemático del genocidio

(3) Núm. 20, París, febrero-marzo de 1898, pág. 101.

en el que Revolución exterminó al pueblo católico de la Vendée. Hermoso ejemplo de la no rara desinformación y del frecuente oscurantismo demócrata-cristiano. Estos desdichados jóvenes, por lo demás admirables en su vigor apostólico, se preparan, y nos preparan, de nuevo, las mismas desilusiones que conocieron los cléricos constitucionales. ¿Cómo no ven que caen exactamente en la condenación lanzada contra sus semejantes el 25 de agosto de 1910 por el santo pontífice Pío X: «Por ser su ideal análogo al de la Revolución, no vacilan en hacer entre el Evangelio y la Revolución acercamientos blasfematorios (...). El soplo de la Revolución ha pasado por ellos y podemos concluir que (...) (su) espíritu es peligroso y (su) educación funesta»?

Condenación que cae más precisamente todavía sobre un *apparatchik* de las oficinas de la Iglesia progresista, el sacerdote (en corbata) Max Cloupet, secretario general de la enseñanza católica francesa. Ha tenido la impudicia de reunir, en coloquio-lavado de cerebro, a los profesores católicos para hacerles «discernir las herencias de la Revolución que fundamentan, según él, nuestra identidad» (4).

"Que la cuchilla sea bien pesada".

Pero hay más todavía: estos Scouts de Francia que, en su revista, eligen como temas de veladas nocturnas, dentro de la «herencia» de la Revolución, precisamente la guillotina, en «una ejecución en ilusión óptica». Prodigando para los niños consignas prácticas como éstas: «El verdugo lanza la cabeza del condenado en un capazo para dominarlas»; «conviene que la cuchilla sea muy pesada para que caiga deprisa, etc.». ¡Esa cuchilla que ha decapitado a tantos sacedotes y fieles! Scouts de Francia muy reveladores, dado que este mismo año 1989 uno de sus grupos ha sido enviado, según las *Dernières nouvelles d'Alsacie,* a la Nicaragua comunista para «descubrir la realidad de Nicaragua

(4) *Le Figaro Magazine,* París, 18 de marzo de 1989, pág. 80.

a través de las comunidades eclesiales de base, manipuladas de hecho por los comunistas.

Por lo demás, nada asombroso en todo esto dado que esta Iglesia en la que la tradición marxistizante no deja de extender su poder, los dos más importantes grupos de prensa católica francesa, el de *La Croix* y el de *La Vie,* hacen constante campaña en el mismo sentido. No cesan de abrazar en el mismo amor la Revolución de 1789 y las revoluciones marxistas de hoy. Así, *La Vie,* encolerizando a gran número de sus lectores, ha publicado el 20 de abril de 1989 una vibrante apología de la Revolución de 1789 bajo la firma del historiador católico muy orientado Pierre Pierrard. Una apología que resaltaba la acción de los clérigos constitucionales adheridos a los jacobinos como fuente de los mayores beneficios para la Iglesia. Porque su acción habría sido un notable cuerpo de «instituciones que anticipan las del Vaticano II», según lo que ya escribía Pierrard en 1978 en su contribución a una *Historia de la Iglesia por ella misma.*

Pero, veamos: ¿qué decían, qué hacían, esos curas constitucionales que se presentan como modelo de los seudocatolicismos de hoy?

La religión de la República.

Decían ante todo lo que repiten los buenos demócrata-cristianos de *Résurrection:* «En nombre de la Religión y de la Revolución» (Lefessier, obispo constitucional de Caen) (5), «tenemos, al menos, una religión que nos es común, la de la República» (Grégoire, obispo constitucional de Blois) (6). O todavía más sencillo: «quien no ame a la República es un mal ciudadano y, por lo tanto, un mal cristiano» (Grégoire) (7).

---

(5) BERNARD PLONGERON, *Conscience religieuse en Révolution,* París, 1969, pág. 162.

(6) JEAN TILD, *L'abbé Grégoire,* París, 1946, pág. 137.

(7) BERNARD PLONGERON, *Théologie et Politique,* Ginebra, 1974, página 154; TILD, *op. cit.,* pág. 166.

Aún más, los constitucionales aprobaban la prohibición del mismo Cristo, en sus crucifijos y vía-crucis erigidos por la piedad popular sobre toda la tierra de Francia. Así declaran que el Estado «puede válidamente prohibir fuera de los hogares las reuniones de los diversos cultos *(sic),* todos los signos exteriores (Grégoire) (7). Y ofrecían sus servicios al KGB de la época comprometiéndose a denunciar a los cristianos no adheridos al régimen si tenían la audacia de asistir a los oficios divinos: «Si aristócratas (es decir, antirrevolucionarios) o malintencionados (...) se insinúan en estas asambleas (...), ellos se apresurarán a denunciarlos a la autoridad civil» (Grégoire) (7 bis). Hay quienes no han comprendido que el cardenal Lustiger haya podido rehusar, en el verano de 1989, asociarse al traslado de los restos de Grégoire al panteón, organizado (de manera inquietante) por el poder socialista. Tales recuerdos históricos podrían abrirles los ojos.

"Tened por cierto...".

Y al igual que los buenos demócrata-cristianos de *Résurrection* se niegan hoy a ver el genocidio que exterminó a los católicos de la Vendée, los constitucionales rehusaron ver el anticatolicismo constantemente en práctica por la Revolución. «Tened por cierto —escribían sus *Anales de la religión* en 1797— que la autoridad suprema (del Estado) no pretenderá jamás invadir el dominio de las conciencias ni tomar determinaciones que hagan ilusoria la libertad de cultos» (8). Mientras que la persecución religiosa no dejará de ser feroz bajo el Directorio de 1797 a 1799. Mediante la deportación de sacerdotes o su ejecución como clandestinos, por la prohibición de respetar y celebrar el domingo (suprimido), por la condena de fieles por simple posesión de «signos particulares de un culto» (9).

Por lo demás, lo mismo que nuestros demócrata-cristianos

(8) PLONGERON, *op. cit.,* pág. 165.

(9) Nantes, condamnation du vendémiaire en VII, 29 de septiembre, 179— (?).

de *Résurrection* explican (y minimizan) el genocidio vendeano por la culpa (excusable) de «tropas incontroladas», los obispos constitucionales juzgaban que el divorcio instituido por la Revolución no es grave. «El divorcio decretado por la Asamblea parece desconcertaros, escribía Pontard, obispo constitucional de Périgueux, a sus sacerdotes y feligreses. No seáis más sabios que el Concilio de Trento. Consta que los Padres, en lugar de declarar que el divorcio era contra la fe, dispusieron el canon de manera que no condenase la doctrina de los griegos que lo admiten» (10).

Así se manifiesta lo que afirma Michel Vovelle, especialista de la descristianización revolucionaria: «la permeabilidad real (...) de los curas constitucionales al sistema de valores que anima a los descristianizadores» (11). Permeabilidad que ha conducido masivamente a los clérigos constitucionales a la abdicación, incluso a la apostasía, cuando los revolucionarios juzgaron que la comedia demócrata-cristiana había durado bastante. Que era ya momento de «desclerizar» y de prohibir todo culto. ¡En la diócesis de Grégoire, «papa» de la iglesia constitucional, en 1793-1794, no fueron menos de 268 curas sobre 300 los que abdicaron o apostataron!

Términos abominables.

A menudo lo hacen en términos abominables que han dejado una herida incurable en el alma y el corazón de los fieles como puede verse en el mapa actual de la práctica religiosa en Francia. Práctica que la catástrofe constitucional ha arruinado, hasta hoy, en numerosas regiones. El cura constitucional de Mennecy, cerca de Cordeil, lanza: «Conciudadanos, mis deseos se ven satisfrechos, mi esperanza cumplida, el fanatismo (es decir, el cristianismo) muere, la raza sacerdotal se extingue». Y el

(10) *Lettre à l'Eglise du départament de la Dordogne,* Toulouse, 1973, pág. 2.

(11) *Religion et Révolution,* París, 1976, pág. 106.

cura Guillard, de Montagny, en el Loira: «Ciudadanos, os he engañado largo tiempo anunciándoos aquello que ni yo mismo creía (...). Abjuro, pido perdón a la Tierra, rasgo mi sotana y caigo de rodillas ante el pueblo».

Los obispos constitucionales, por su parte, se muestran natural y ostensiblemente más revolucionarios que católicos, al modo como nuestros demócrata-cristianos son, de toda evidencia, más demócratas que cristianos, y nuestros progresistas más marxistas que católicos. «La ley política hace curvarse ante ella a la ley religiosa», enuncia Torné, obispo constitucional de Bourges, mientras casaba a sus sacerdotes y a sus religiosas. Y Laurent, obispo de Moulins, abdica en estos términos que lo dicen todo de sus verdaderas prioridades: «Republicano, yo acepto el obispado del departamento del Allier por tanto tiempo como pudiera servir en este puesto la causa de la libertad. Hoy juzgo mis funciones inútiles e incluso perjudiciales para la consolidación de la República, y abdico» (12).

La Revolución, hoy, en este umbral del año 2000 se llama Liberación. Pero el modelo revolucionario de hace dos siglos permanece exactamente válido. Grégoire se reencarna en Gutiérrez.

Un colmo: apóstol y perseguidor.

Grégoire, sacerdote y obispo constitucional fue enviado por la Revolución a las líneas del *frente revolucionario más recientes* y delicadas. Fue así representante en misión de la Convención (es decir, dictador ambulante) en los Alpes, recientemente conquistados, en Saboya a principios de 1793, cuando los curas constitucionales se aplicaban a «desfanatizar», es decir, descristianizar las zonas rurales. Tuvo entonces, bajo su autoridad directa de jefe revolucionario injertado en obispo, «confusión entre el papel de perseguidor y de apóstol» (lo que es, ciertamente, el colmo), como nota Michel Vovelle (12).

(12) *Op. cit.*, págs. 98 y 263.

Gutiérrez, sacerdote de vanguardia de los teólogos de la Liberación, es un análogo comisionado en subversión anticatólica. Esta vez en las líneas de frente marxistas más recientes y delicadas. Así, en 1979, como cita el testigo Humberto Belli, antiguo marxista nicaragüense convertido en editorialista del diario católico *La Prensa:* «Desde los primeros meses de la Revolución comenzaron a llegar a Nicaragua una pléyade de teólogos que se afirmaban (de la teología de la Liberación). Beneficiándose de una importante financiación internacional y de la ayuda total de las autoridades (marxistas), (...) proclamaban que el deber cristiano por excelencia era identificarse con la Revolución» (13). Al igual que, como hemos visto, lo proclamaba Grégoire, con el pleno apoyo de los poderes revolucionarios, dos siglos antes. En la primera línea de estos teólogos estaba Gutiérrez como nota también Belli (13).

Poner un poco de salsa trascendente.

Pero, nos dirá la «nueva enciclopedia católica» *Theo,* de igual orientación que *La Vie* et *La Croix,* no hay que confundirse: «se ha reprochado a la teología de la Liberación su *parti-pris* político. Gutiérrez se defiende de ello» (14). *Theo* juega así con la falta de información de sus lectores, que *La Croix* como *La Vie,* al igual que *Résurrection* para la Vendée, se guardaban muy bien de esclarecer. Porque ya, otro años antes de 1979, en Chile, cuando el marxismo tomó el poder con Allende, apareció en la línea de frente el comisionado en subversión Gutiérrez. En abril de 1971, en Santiago, este clérigo convocó así a la «participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile», en un gran mitin del que fue uno de los principales oradores. Y lo hizo en esos términos innobles en los que, como

---

(13) HUMBERTO BELLI, *Una Iglesia en peligro,* obra publicada por la Confederación de seguares por la fe (CONFE), Bogotá, 1983, páginas 11 y 21.

(14) *Théo,* París, 1989, pág. 630, primera columna.

los obispos jacobinos Grégoire, Laurent o Portard doscientos años antes, descubría toda la verdad de su prevaricación: «Habrá que justificar *a posteriori* una actitud revolucionaria y marxista (...). Como se es cristiano, se tratará entonces de colorear un poco el compromiso marxista, de ponerle un poco de salsa trascendente para que no parezca tan chocante. Y, como hay medio de encontrar concordancias, ello será factible» (15).

En suma, bastará hacerse capaz, como fue Grégoire, de esta forma de arte que se llama el *trompe-l'oeil.* Todo es semejante, en fin, en el seudocatolicismo constitucional de la Revolución y en el seudocatolicismo marxista de la Liberación. Es ello tan cierto que, desde los años 1960, los panegiristas de los constitucionales no podían por menos de evocar para su tema a los imitadores de hoy, especialmente al cura guerrillero Camilo Torres. A propósito de las abdicaciones constitucionales, el clérigo Plongeron recordaba en 1969 el artículo que ese guerrillero había escrito el 26 de junio de 1965 en un gran diario parisino. Camilo Torres decía en él: «Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella podemos realizar, en las circunstancias concretas de nuestra patria, el amor que los hombres deben sentir por su prójimo» (16). Lo que es, de nuevo, puro Grégoire...

Impopulares "iglesias populares".

Si se pasa de las palabras a lo concreto de los seudocatolicismos, se encuentran allí, a doscientos años de distancia, las mismas realidades. Después de los primeros años de *bluff,* la Iglesia constitucional de la Revolución no es más que un grupúsculo. Desde el verano de 1791, Dumouriez en misión en Vendée señala que hay apenas treinta hombres en la misa constitucional del gran barrio de La Mothe-Achard. Dufort de Che-

(15) *Cristianos latinoamericanos y Socialismo,* Cedial, Bogotá, 1972, pág. 21.

(16) *Conscience religieuse en Révolution,* pág. 153.

verny registra el mismo hecho en el Blésois. El historiador Steyert nota que en Lyon el pueblo acudía a los verdaderos sacerdotes católicos y que los constitucionales no reunían sino funcionarios y burgueses revolucionarios.

Lo mismo sucede en la «iglesia popular» de Nicaragua. Esta Iglesia es, de hecho, muy poco popular. «Sus cuadros, se nota *de visu,* son teólogos, en su mayoría extranjeros y pertenecientes socialmente a la élite. Sus simpatizantes son diversos y generalmente afiliados a las organizaciones marxistas llamadas de masa. En contraste, la Iglesia católica jerárquica es el pueblo sencillo, el pueblo humilde. Es en torno a Monseñor Obando donde se arremolinan inmensas multitudes de verdadero pueblo en explosiones espontáneas de simpatía y devoción. Lejos de nacer del pueblo, la pretendida Iglesia popular nace de un designio internacional y de los despachos de teólogos de profesión.

La iglesia de la complicidad.

En cuanto a los «sacerdotes de la Paz» y su afines, tan bien considerados por *La Vie* en países soviéticos o hispanoamericanos marxistizados, son ellos los que han tomado el relevo de las denuncias de cristianos «malintencionados» que tienen la audacia de asistir a los oficios, denuncias que Grégoire había ofrecido tan generosamente al KGB revolucionario. De modo tal que una célebre víctima de la represión anticatólica en Cuba ha podido exclamar: «La Iglesia católica en Cuba no ha sido solamente la Iglesia del silencio, sino de la complicidad». Por los servicios, especialmente, del clérigo francés René David convertido en el servidor del régimen castrista, hermano mayor del marxismo nicaragüense, perseguidor asimismo de obispos, sacerdotes y cristianos fieles.

Todo nace del mismo nido, y a él retorna. Cuando la revista *Concilium,* la del progresismo postconciliar, quiere presen-

---

(17) *Centroamérica en llamas, Nicaragua,* Bogotá, 1982, pág. 223. *Una impopular «Iglesia popular».*

tar el conjunto de la teología de la Liberación, confía la presentación de su número especial sobre el tema a un progresista de lengua francesa. Este, Claude Geffré, va más lejos todavía que los hispanoamericanos o hispanoamericanizados Gutiérrez, Dussel, Galilea, Bobb, Comblin, Segundo, presentes también en el número. Así, escribe: «en tanto que la teología tradicional adopta como punto de partida la Revelación para determinar el valor de tal práctica cristiana, la participación en la *praxis* histórica de Liberación posee en ella misma su legitimidad y llega con ello a constituir un lugar teológico que permite la reinterpretación del mensaje evangélico (...). Se trata de hacer de la participación efectiva en el proceso de Liberación el lugar de comprobación del discurso teológico» (18). Dicho de otro modo, la Revolución se proclama juez de la Revelación.

Incluso las revistas *Communio*, fundadas principalmente para luchas contra los excesos de *Concilium*, nos retornan, en vuelos más prudentes, al mismo nido francés. La revista *Communio* española, publicada en Sevilla, celebra en su número especial el quinto centenario del nacimiento de Bartolomé de las Casas, el polémico protector de los indios, de quien Raynal y Grégoire habían publicado ya las primeras apologías. Pero esta revista española confía la tarea de mostrar que los teólogos de la Liberación pueden prevalerse del patrocinio del religioso español Las Casas, no a un hispanoamericano o a un español, sino a un dominico lionés, el padre François Malley (19).

Proyección del progresismo clerical europeo.

Los teólogos de la Liberación no son así otra cosa que la proyección del progresismo clerical europeo, de lengua francesa, sobre la realidad de la América española. Camilo Torres, el supuesto sacerdote colombiano fue, en realidad, formado en Lovaina. Como Gutiérrez, el supuesto cura peruano, se formó tam-

(18) *Concilium*, núm. 96, Nimega, 1974, pág. 305.
(19) Sevilla, 1985, vol. XVIII, fasc. 1, págs. 83 a 109.

bién en Lovaina y en Lyon. Como Dussel, la tercera figura mayor de los teólogos de la Liberación, presunto historiador argentino, fue formado en Pontigny, después en el Instituto católico de París, y leyó su tesis en la Sorbona. Al igual que Comblin, redactor del manifiesto liberacionista de Medellín, es un religioso belga. Como Boff, franciscano brasileño, salió de un convento situado desde 1960 bajo la influencia personal y directa de nuestro dominico revolucionario Cardonnel, de Montpellier. Todos estos iniciadores de los teólogos de la Liberación son tan franceses, en el fondo, como Grégoire, cuyos discípulos de hoy, progresistas de lengua francesa, les han formado. Este Grégoire para quien ya Bélgica y Francia, en la Gran Nación Revolucionaria que ilumina al mundo, eran espontáneamente una unidad. ¿No exclamó él, en su habitual desbordamiento de retórica hipócrita, el 31 de agosto de 1794 en la Convención, para saludar la esperada llegada de los pillajes revolucionarios en Bélgica: «Van Dyck y Rubens están en camino hacia París, y la Escuela Flamenca se levanta en masa para venir a adornar nuestros museos...»?

Hoy, la simbiosis entre el dato revelado y la aportación de los valores republicanos, ansiada con pasión por Grégoire (20), es cantada por el clérigo Plongeron, profesor progresista del Instituto Católico de París. Le responde como un eco esta «mística única» que proclama el padre Uriel Molina Ollú, franciscano, fundador del *Movimiento revolucionario cristiano,* que ha jugado y juega un importante papel en el Frente Sandinista (marxista) de Liberación Nacional, en Nicaragua. Para el padre Molina, «entre la fe y la *praxis* revolucionaria no hay contradicción alguna. De hecho vivimos una mística única, tan grande es la proximidad entre la mística cristiana y la revolucionaria» (21).

(20) *Conscience religieuse en Révolution,* pág. 175.

(21) Declaración hecha en la emisión *Dios es un fuego,* difundida por la segunda cadena de TV del Estado español el 23 de septiembre de 1988.

Siempre una "contra-Revelación".

El director de orquesta del progresismo de lengua francesa es, desde hace medio siglo, el muy deletéreo padre Chenu, recientemente condenado por el cardenal Ratzinger, después de haberlo sido en los años 50 por Pío XII. Acaba de replicar en *La Croix* «soltando el queso» de su seudocatolicismo historicista según la deformación marxista. «La historia —lanza— es una dimensión de toda realidad. En esto los marxistas no se han equivocado (...). La gran novedad es que el Concilio haya introducido la historicidad en la noción misma de Iglesia (...). Hay, pues, que entrar en la historia» (22).

Esta historicidad, esta historia que, para los revolucionarios de 1789 y para Grégoire eran ya una contra-Revelación, en las «nuevas beatitudes», y un «mesianismo invertido» según las fórmulas del gran crítico y especialista de la Revolución Jacques Vier (23). Historicidad, historia neo-jacobina a las cuales Chenu y los liberacionistas, valiéndose del Concilio como trampolín, quieren hoy anexionar la Iglesia.

Deseemos que puedan imitar a Grégoire y a los suyos hasta el fin, es decir, hasta el fracaso. Este fracaso que, en 1800 y en 1815, vio a la Iglesia triunfar, al menos por un tiempo, de los esfuerzos y persecuciones de la Revolución.

---

(22) *La Croix*, París, 19 de julio de 1989.

(23) *L'Homme nouveau*, París, 19 de mayo de 1985, pág. 18.